

método empírico ayuda al sujeto pensante a ponderar la suficiencia de la evidencia, es decir, a proceder racionalmente hasta llegar al “incondicionado virtual” en la emisión del juicio. En efecto, el ser humano “viene a menos en su racionalidad si aferra la suficiencia de la evidencia pero no juzga. Pero también viene a menos su racionalidad cuando no tiene la evidencia suficiente y juzga” (p. 256).

Los diversos aportes de este libro nos permiten individuar la fecundidad de la epistemología lonerganiana. Sin embargo, es importante no olvidar que el “realismo” lonerganiano es un realismo “crítico”; y es “crítico” por “el método” mediante el cual se llega a la afirmación de la verdad, a descubrir el bien como valor y a la auto-trascendencia del amor irrestricto. Por ende, vincular “realismo crítico” y “método” sería plantear una tautología innecesaria. De igual manera, relacionar “realismo” y “método” sería casi como sostener un binomio pseudolonerganiano.

Francisco Sánchez Leyva. Università Pontificia Salesiana  
fslsdb@yahoo.com.mx

---

LAERCIO, DIÓGENES

*Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, trad. intr. y notas de C. GARCÍA GUAL, Alianza, Madrid, 2013<sup>2</sup> (2007), 660 pp.

Este ejemplar presenta una versión española completa de las *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres (VO)* de Diógenes Laercio (D. L.) y aun cuando se trate de una reedición sin cambios, merece la pena dar noticia de ella. Si bien la labor de traducción fue concluida hace ya varios años por C. García Gual, recién en 2007 apareció disponible al público mediante la colección de “Clásicos de Grecia y Roma” de la editorial Alianza. De *VO*, García Gual ha traducido a su vez por separado y con comentarios los libros I: *Los siete sabios y tres más*, VI: *La secta del perro* y X: *Epicuro*, como números de la colección de “Libros del bolsillo”, perteneciente a aquella misma editorial.

Entre los puntos más relevantes por los que *VO* es considerada una obra de referencia significativa, sobresale el de ser la única na-

rración vetusta y extensa de la historia de la filosofía antigua que ha sobrevivido hasta nuestros días. Constituye uno de los textos más atractivos del legado helénico, donde convergen tanto información minuciosa cuanto amenidad expresiva, acompañadas de muchísimas y curiosas noticias sobre los sabios antiguos. Al haberse perdido el resto de los tratados y compendios similares, escritos por otros eruditos helenísticos, esta obra de D. L. significa para nosotros una fuente ineludible, una cantera de información sobre casi la totalidad de las escuelas filosóficas griegas. El interés del texto le ha valido la incorporación —según la edición de H. S. Long (1964)— entre los editados por la serie de “Oxford Classical Texts”, un honor reservado sólo a los grandes clásicos y, de modo excepcional, a este erudito de finales del s. III de nuestra era.

Como bien se sabe, la obra de D. L. está dividida en diez libros. La taxonomía seguida responde fundamentalmente a una ordenación por escuelas, pero con notable flexibilidad, como se deja ver en ciertos detalles tales como el de iniciar su texto con el recuento de los Siete Sabios y concluirlo con el libro dedicado a Epicuro. El segundo libro habla sobre los milesios, Sócrates y los socráticos menores como Jenofonte, Aristipo, Euclides, entre otros. El tercero, sobre Platón y el cuarto versa acerca de los académicos, desde Espeusipo hasta Clitómaco. El quinto, sobre los peripatéticos, Aristóteles primero y luego sus sucesores, de Teofrasto a Heraclides. El sexto se halla dedicado a los cínicos. El séptimo es, por cierto, el libro más largo y no se ha conservado por entero; tematiza a los estoicos. El séptimo trata de Pitágoras, Empédocles y otros pitagóricos. El nono, sobre algunos filósofos sueltos, conviene a saber: Jenófanes, Parménides, Meliso, Zenón, Leucipo, Demócrito, Diógenes de Apolonia, Anaxarco, Pirrón y Timón. Finalmente, el décimo, sobre Epicuro siendo el único en incluir largos textos del biografiado, sin cuyo aporte el conocimiento de ese pensador sería incompleto. Al final del volumen, la publicación de marras incorpora un minucioso índice de nombres propios, confeccionado por J. M. Guzmán Hermedia, que se agradece por su utilidad y claridad informativa.

Con todo, es cierto que la lectura de *VO* suele generar un cierta ambigüedad en el lector que la consulta: por un lado, el asombro

ante la cantidad y variedad de noticias transmitidas, el empleo profuso y agudo de citas y los curiosos datos biográficos que relata; por otro, una suerte de insatisfacción a raíz del estilo desmañado de su prosa y la superficialidad en la exposición de los sistemas filosóficos. Si a esto se le suma que la revaloración de D. L., por parte de los filólogos y estudiosos de su producción escrita, es relativamente reciente, estamos ante un caso cuya adhesión no siempre ha sido pareja, ni mucho menos unánime.

Efectivamente, las censuras al estilo laerciano vienen de antaño y se basan en determinados prejuicios modernos acerca de cómo debería escribirse una correcta historia filosófica. No en vano Hegel, quizá uno de sus lectores más despreciativos, calificó a D. L. de “amontonador de opiniones varias”, de “chismorreador superficial y fastidioso”. Fue blanco, además, del severo y penoso apelativo de “miserable compilador y auténtico asno” (Usener). Por lo que atañe a este menosprecio crítico, García Gual supone que se parte de un malentendido, pues se reprocha a D. L. no haber compuesto una historia de la filosofía según los cánones modernos, sin preguntarse tan siquiera si realmente era esa su intención.

Educado en el ambiente cultural de la Segunda Sofística, D L. era un erudito de gustos arcaizantes, de aficiones más filológicas que filosóficas. Desdeñaba la retórica en boga, pero admiraba incondicionalmente la sabiduría antigua que quiso historiar. Él no cuenta nada de sí mismo ni de su época, no veía en la historia de la filosofía una marcha progresiva de ideas sino un repertorio de opiniones interesantes, curiosas e, incluso, divertidas, proferidas por espléndidas figuras de un pasado helénico, que debía ser estudiado y rememorado no precisamente con fines dogmáticos sino como un legado cultural y literario. Por otra parte, el texto de D. L. ha gozado de muchos lectores a lo largo de los siglos. Aun en el Medioevo, cuando era leído en las versiones latinas del napolitano H. Aristipo (libro I) y de W. Burley, que precedieron a la igual latina renacentista de A. Traversari (1472) y a la *editio princeps* del texto griego por Frobenius, en Basiela (1533). En el proceso de revaloración de la obra de D. L. debe destacarse la edición crítica del texto griego a cargo de M. Marcovich: *Diogenis Laertii Vitas Philosophorum* (vol I: *Libri I-X*, vol. II: *Excerpta*

*Byzantina et indices*, Stuttgart-Leipzig, Teubner, 1999). Esta última, avanza sobre la benemérita de Long y revela un logro muy notable en la codificación de un texto de reconocidas dificultades.

A pesar de haber sido excelente en su tiempo, la única traducción castellana completa de *VO* era la de J. Ortiz y Sanz (1792), reeditada numerosas veces sin recordar por lo general que consistía en una traducción de fines del s. XVIII. En tal sentido, el trabajo de García Gual, iniciado mucho antes de que apareciera la edición crítica de Marcovich, tiene el mérito de ofrecer una versión castellana íntegra de *VO*, basada en un texto —el de Long— que supera las ediciones griegas anteriores a él, como la de E. Westenio (Amsterdam, 1692), de la que se sirvió Ortiz y Sanz para su traducción. Por lo demás, García Gual actualiza la versión de su antecesor, procurando acercar a nuestra expresión idiomática contemporánea el mensaje de D. L. Nuestra lengua carecía hasta el momento de un emprendimiento semejante, a diferencia de otras que sí contaban con versiones actuales y anotadas como la alemana de E. Jürss (*Leben und Lehren der Philosophen*, Stuttgart, 1998) o la francesa, dirigida por M. O. Goulet-Cazé (*Vies et doctrines des philosophes illustres*, Paris, 1999).

Por último, debe decirse que *VO* representa una perspectiva singular acerca de la tradición filosófica antigua. No es, desde luego, un documento acreditado por la rigurosidad en su examen sino, antes bien, por el valor noticioso y sugerente de sus relatos. Puede acudir a ellos para comprender la tradición escolar de los filósofos desde una perspectiva anecdótica, que no implica necesariamente trivializar su contenido especulativo.

Fernando G. Martin De Blassi. UNCuyo-CONICET  
martindeblassi@hotmail.com

---

LÓPEZ QUINTÁS, ALFONSO

*La ética o es transfiguración o no es nada*, BAC, Madrid, 2014, 871 pp.

“Crecer es ley de vida. Por eso nos gusta crecer [...] Pero, ¿cuáles son los límites de nuestro crecimiento integral como personas? Esta